

HABITAR LA CIUDAD

Quiero agradecer esta invitación que me otorga la ocasión de compartir con ustedes algunas reflexiones que han estado presentes en muchos momentos de mi vida profesional, a la hora de enfrentarme al desafío de repensar nuestros espacios cotidianos, a la luz de la satisfacción, aun que sea parcial, no sólo de nuestras necesidades materiales más urgentes sino también de nuestros deseos y aspiraciones, como habitantes en plenitud de derechos y deberes de ese entorno que nos cobija y que llamamos ciudad

El largo camino recorrido en el ámbito de la creación y de la gestión cultural, enfrentando los más variados y exigentes desafíos, me ha obligado a una constante puesta en juego de mis convicciones y a una decidida renovación de mis propuestas y apuestas.

Hoy, traigo aquí algunas de ellas, que trataré de desarrollar, en base a cuatro consideraciones fundamentales.

- **EL PATRIMONIO COMO SENTIDO DE CIUDAD,**
- **LA CIUDAD COMO DEPOSITARIA Y CREADORA DE LA MEMORIA COMÚN,**
- **LA CIUDAD COMO LUGAR DE LA CON –VIVENCIA,**
- **HABITAR LA CIUDAD ES HABITAR LA SOCIEDAD.**

- **EL PATRIMONIO COMO SENTIDO DE CIUDAD**

A modo de breve prólogo, quisiera plantear un tema que está hoy más que nunca en el primer plano de la problemática contemporánea y que nos relaciona profundamente con los desafíos que los países de este lado del mundo enfrentamos al plantearnos la relación de nuestra identidad y desarrollo cultural con el proceso de globalización que tiñe de manera sustantiva no sólo nuestro modo de vida actual, sino que nos propone nuevas relaciones con nuestra propia tradición y patrimonio cultural.

De inmediato, y para mayor claridad, quisiera consignar en pocas palabras mi propia visión acerca de los conceptos de tradición y de patrimonio.

Si consideramos la tradición como el conjunto de memorias, acontecimientos y testimonios de un determinado grupo humano, deberemos aclarar de inmediato que esa memoria de que se habla, no es precisamente una copia pseudo-objetiva del pasado, sino que es fruto de sucesivos procesos de selección y de reconstrucción que se van transmitiendo de un generación a otra en una entrega constante y que requieren de la intervención reflexiva y creativa de aquellos que heredan el legado.

Me atrevo a afirmar que, al no producirse ese indispensable diálogo entre las generaciones, se cae indefectiblemente en una deformación "tradicionalista" que considero como máxima expresión de la contracultura, ya que pretende a toda costa fijar en el tiempo las expresiones culturales "tal como se dieron en el pasado", alegando la necesidad de proteger la pureza de sus formas y contenidos originales contra toda contaminación de una posible relectura.

Por suerte, entre las diferentes culturas siempre han existido vasos comunicantes que han permitido el mutuo enriquecimiento. Por otra parte, ese fenómeno es el que ha logrado ampliar en cantidad y calidad el patrimonio común, con el surgir de nuevas e innumerables expresiones de la creatividad del ser humano.

Sin embargo, un patrimonio sin herederos que usufructúen de él, es estéril, y está destinado a desaparecer. El hecho de usufructuar se refiere precisamente al uso y al dar frutos. Es decir, supone un diálogo con otros que se consideren depositario de los bienes que les son legados y que los usen de manera idónea para que crezcan y sigan dando mayores frutos, enriquecidos por el aporte de los propios herederos.

Un patrimonio que no admite el concurso de la creatividad de otros para renovarse constantemente, está destinado a consumirse y morir sin dejar rastro alguno para las generaciones futuras.

- **LA CIUDAD COMO DEPOSITARIA Y CREADORA DE LA MEMORIA COMÚN**

¡Cuánto tiempo nos demoramos para llegar a construir ciudades! Por cuantos milenios el ser humano erró por muchos lugares tras la búsqueda de su sustento, antes de elegir un pedazo de tierra y establecerse en él, para comenzar la lenta ascensión hacia la instalación de su cobijo ya no temporal sino “permanente”, en la medida de lo que podemos considerar tal en el corto trayecto de nuestro paso por el mundo.

En ese lugar, fue acumulando sus tesoros más importantes: el pensamiento y la memoria y se embarcó en la aventura de transmitirlos a sus descendientes. Creó cobijo, formó comunidad, estructuró modos de convivencia y, sobre todo, pudo construir una memoria común. Una **ciudad**, la **polis**, es la madre de los ciudadanos, de la política con mayúscula. Sobre ella se ha edificado el sentido de pueblo y de nación que nos acompaña hasta hoy.

Lo que desgraciadamente no nos acompaña es el sentido más profundo del hecho de fundar ciudad. Al mirar y vivir hoy nuestras ciudades, se nos hace imposible entender lo que motivó a nuestros antepasados a convertirse en constructores de espacios al servicio del hombre, que pudieran otorgarle seguridad, es cierto, pero también y sobre todo, el impulso hacia una mejor comprensión del mundo y una vida comunitaria que le permitiera modificarlo, modificándose constantemente a sí mismo en un proceso ascendente de adquisición de sabiduría.

De hecho, estamos destruyendo nuestro propio tesoro de memoria, en aras de un falso progreso y nos hemos convertido en verdugos del pasado bajo la falsa bandera de la modernidad. Quiero aclarar de inmediato que no me cuento precisamente entre los “nostálgicos” y que no me complace en absoluto el tono tremendista de aquellos que pregonan el gastado refrán de que “todo pasado fue mejor”. Más bien me cuento entre aquellos que miran al futuro con esperanza en la infinita capacidad creativa del ser humano y que trabajan denodadamente para combatir el fatalismo que inunda a los actuales habitantes de nuestras ciudades.

Sin embargo, no quiero rehuir la responsabilidad que a todos nos concierne, de compatibilizar el respeto hacia el patrimonio arquitectónico y urbanístico del pasado, con su carga emotiva que apela a la memoria común, con la invención de nuevas formas y

relaciones espaciales más consonantes con el modo de vida y las exigencias del hoy.

¿Cómo hacerlo? ¿Cómo atesorar y preservar el pasado y, al mismo tiempo, acoger e impulsar la constante creación de nuevos bienes culturales, tangibles e intangibles que se van instalando en cada rincón de nuestra cotidianeidad con sus propuestas innovadoras que generan conductas que aún no se internalizan socialmente como valiosas? O, por el contrario, ¿Qué hacer con la aceptación indiscriminada de otras propuestas de dudosa validez, copiadas literalmente de las urbes menos armónicas del primer mundo, sólo mirando el posible beneficio comercial, en vez de atender a las necesidades vitales de los futuros moradores de esos espacios?

Frente a estas preguntas, el **atesorar** y **preservar**, el **acoger** e **impulsar**, se revelan como cuatro aspectos de una misma acción constructora de sentidos, que construye el círculo virtuoso de causa a efecto, que está en la base de cualquier esfuerzo por lograr una síntesis armónica y a la vez dinámica entre pasado, presente y futuro.

Pero, el crecimiento sostenido de nuestra economía, y la estabilidad política y social de que hoy gozamos, nos inducen a aprovechar el momento con una urgencia casi desmedida.

En ese aspecto, ojala que lo urgente no nos haga perder de vista lo que realmente importa y que seamos capaces de seguir sosteniendo que es posible cuidar de nuestro pasado sin aprisionarnos en la seguridad cada vez más estéril de caminos que pueden haberse convertido ya en obsoletos

El fenómeno de la globalización, no permite una defensa pasiva de la herencia de nuestro pasado, alegando la pertenencia a una identidad cada vez más desdibujada. Habría que pasar a una fase más activa de conocimiento de nuestros patrimonios culturales, a través del cuidado y del USO de esos bienes por parte de las comunidades locales.

Al respecto, nos espera el enorme trabajo de incentivar y ayudar a formar todas las instancias que seamos capaces de generar para lograr la RELACIÓN AFECTIVA con el pasado, sin caer en nostalgias peligrosas y paralizantes.

Pero, ¿Qué es lo que nos propone el proceso cultural uniformemente acelerado, que distingue esta época que estamos viviendo? AL hablar de patrimonio surge de inmediato el doble desafío de conservarlo y de acrecentarlo al mismo tiempo. En el fondo, se trata de lograr la capacidad, difícil por cierto, de mirar con agudeza y rigor hacia atrás y hacia adelante al mismo tiempo.

¿Qué conservar? ¿Qué desechar? ¿Con qué criterio debemos enfrentar este dilema que nos acompaña desde siempre en el proceso cultural de la modificación de nuestro entorno?

En la conservación de unos determinados bienes heredados, siempre está implícito un juicio de valor que, reconozcámoslo, no siempre es certero. Conservar con respeto el pasado, dada la endémica escasez de recursos de nuestros países de América Latina, significa asumir la imperiosa necesidad de seleccionar y priorizar, con el consiguiente riesgo de equivocarnos. Por otra parte, nos sucede lo mismo al momento de acoger e impulsar lo nuevo.

Con lo anterior, quiero simplemente destacar que en esta materia estamos siempre expuestos a la subjetividad de juicio y que, alo más, podemos actuar basándonos solamente en la “objetividad posible”.

A este punto, quiero intentar definir lo que para mí significa “habitar la Ciudad”

- **LA CIUDAD COMO LUGAR DE LA CON-VIVENCIA**

Los que desarrollamos nuestra existencia dentro de un determinado radio urbano, sea pequeño, grande o una mega polis, tenemos que asumir que **compartimos** ese espacio con otros seres humanos que se encuentran en la misma situación. Esa **coexistencia** primaria, sin embargo conlleva la insoslayable relación de interdependencia que está en nosotros apenas tolerar o ensanchar para el beneficio común.

La ciudad contemporánea, con sus barrios definidos y sectorizados, se presta admirablemente para una atomización de los espacios que van creando verdaderos compartimentos estancos que albergan diferentes modos de vida y visiones de mundo. Este hecho, es uno de los más decisivos en la generación de un círculo vicioso que, al comienzo, se

expresa en un muy débil lazo afectivo entre sus moradores, pero que a la larga degenera en una desafección total con el espacio habitado.

A lo más consideramos a nuestras ciudades como **máquinas** que deben dispensarnos las comodidades necesarias para nuestro bienestar. Las juzgamos vivibles o invivibles en base a comparaciones con otras “máquinas” de mejor tecnología y organización para otorgarnos los beneficios anteriormente mencionados.

Pareciera no existir ninguna relación afectiva que nos ligue con su historia, con su pasado y su porvenir. Como muchos de los instrumentos que usamos en lo cotidiano, estamos a poco de considerarlas “desechables” y por eso prescindibles para la construcción de nuestra historia personal y social.

Nuestras ciudades están experimentando un proceso de cambio en su concepción y en su fisonomía a una velocidad tan vertiginosa que podríamos llegar a plantearnos el “habitar” nuestro propio espacio como una situación apenas circunstancial y “efímera”, transformándonos en nómadas trashumantes sin poder echar raíces duraderas ni transmitir a nuestros herederos el concepto de “habitar” y de “hogar”

En efecto, lo que transforma la materialidad de una casa en **hogar**, es la relación afectiva de aquellos que viven en ella con ese espacio que no solo cobija físicamente sus cuerpos sino que está lleno de sus recuerdos, de sus sueños y de las pequeñas historias que se tejen en la cotidianeidad del Habitar, a través del tiempo. **Es la memoria común que se va construyendo en su interior.**

En el trazado de la ciudad, los espacios y los edificios dedicados a cobijar esa memoria social, y que con razón definimos como **públicos**, son los que mantienen la cohesión indispensable entre los moradores que se transforman en verdaderos ciudadanos sólo en el momento en que entablan un **diálogo activo y sostenido** con los **vecinos** y emprenden acciones mancomunadas para mejorar su entorno y su vida tanto personal como colectiva.

En definitiva, cuando ya no se limitan a una **co-existencia** pasiva, basada en una primaria tolerancia de la diversidad, sino que se animan a estructurar una **con-vivencia** hecha de interrelaciones

activas con los otros, diversos de uno, pero sin los cuales no se podrá construir nuestra propia identidad que, sin duda alguna, se da sólo en la aceptación gozosa de las enriquecedoras diferencias, en un permanente diálogo que consigue poner en común, con la mayor honestidad de que seamos capaces, todo nuestro propio caudal de sueños, descubrimientos y experiencias personales..

Es a través de la construcción de esa relación del **yo** con el **tú**, que nos vamos convirtiendo en **personas**, ya que ese diálogo es la base del desarrollo cultural, eje del proceso sobre el cual se funda toda acción transformadora de la humanidad.

- **HABITAR LA CIUDAD ES HABITAR LA SOCIEDAD**

Esa transformación es, al mismo tiempo, personal y social, ya que el “mundo” que **habitamos**, y al cual nos referimos muchas veces como el **sistema**, que está **fuera** de nosotros, (y en el cual a menudo simplemente **estamos**), no es sino el resultado del conjunto |de acciones que lo modifican constantemente, y que tienen su origen en un proceso de acumulación e interacción de diferentes experiencias, de nuestras percepciones subjetivas y de nuestros propios puntos de vista.

Al emprender ese proceso de modificación, nos encontramos con múltiples exigencias que, sin duda alguna, tienen carácter ético, ya que es imposible no percibir la responsabilidad que asumimos al alterar de alguna manera lo pre-existente porque, al hacerlo, nos enfrentamos al riesgo cierto de poder equivocarnos y con ello producir una involución allí donde pretendíamos producir un cambio positivo respecto a la situación anterior.

Habitar la sociedad, se refiere precisamente a ese estado superior en el cual, a través del tiempo y de las sucesivas modificaciones mutuas, se produce una interdependencia entre es ser humano y el **lugar social**, que no titubeo en calificar de **amorosa** y que logra el milagro de la aparición del concepto de **pertenencia**,

Esa **pertenencia al lugar social** actúa poderosamente sobre el sujeto creador ya que lo sitúa en un espacio desde donde dirigir su mirada hacia el mundo que lo rodea, descubriéndolo de una manera única e irrepetible a la vez que lo posibilita generar nuevas obras que lo

modifican constantemente, transformándolo en **sujeto actor** de su propia historia personal y colectiva.

- **CONSIDERACIONES FINALES**

En mi parecer, son los Municipios los que deberían tener el propósito y la capacidad de re encantar a la ciudadanía, de mantener vivo y acrecentar en aquellas y aquellos, que sienten que apenas **están** en la ciudad, el sentido de pertenencia a SU ciudad, y que se propone a todos adueñarse afectivamente y materialmente de ellos para darle vida.

Deberían esforzarse por satisfacer no solamente sus necesidades materiales sino que y especialmente aquellas espirituales y culturales, incluyendo a la propia comunidad, acogiendo el sentir de ella y haciéndola participe activa de la constante construcción de los espacios urbanos. Cualquiera ciudad del mundo, cobija en su interior la vida de muchos seres humanos que persiguen afanosamente el poder realizar sus sueños en lo cotidiano de su propia existencia.

Sólo acogiendo esos sueños y en la medida en que, de una vez por todas, la idea de patrimonio se refiera más a sus habitantes que a la materialidad de las obras arquitectónicas, y que se entienda que es en el patrimonio humano que se funda no sólo la construcción de nuestras ciudades sino que del país entero, es que ellas podrán llegar a ser una hermosa y cierta realidad.

En nuestras ciudades la rica herencia está al alcance de todas y todos quienes están dispuestos a asumir el riesgo de ser puente de unión entre el pasado y el futuro, con creatividad, respetando, por supuesto la tradición y el patrimonio, pero sin esa obsecuencia ciega al pasado que nos paraliza y da lugar al temor de no ser capaces de enfrentar el desafío de construir lo que nuestro propio futuro necesita para convertirse a su vez, con el tiempo, en tradición y patrimonio cultural para los hijos de nuestros hijos.